¿Quién dirá «quédate» primero?

Compartir el trabajo no garantiza compartir un futuro



Laura Bellini

¿Quién dirá «quédate» primero?

Compartir el trabajo no garantiza compartir un futuro

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384904237

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones de colaboración 12
Capítulo 2 - Límites y un lenguaje común 22
Capítulo 3 - Cuando el plan deja de ser suficiente 36
Capítulo 4 - Más allá de los márgenes 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 61
Capítulo 6 - Un momento que no había planeado 72
Capítulo 7 - La mañana después del cambio 86
Capítulo 8 - El mundo fuera de la residencia 96
Capítulo 9 - El riesgo de decidir juntos 109
Capítulo 10 - Todo lo que no se puede planificar 121
Capítulo 11 - Una mañana sin promesas 134
Capítulo 12 - Un mensaje sin mi nombre 144
Capítulo 13 - El precio de las propias decisiones 153
Capítulo 14 - La verdad a medias 163
Capítulo 15 - Todo lo que no me habías contado 176
Capítulo 16 - Un espacio para la distancia 188
Capítulo 17 - Una vida que no puede esperar 200
Capítulo 18 - La oferta sobre la mesa 211
Capítulo 19 - Una decisión que tiene un precio 225
Capítulo 20 - Cuando ambos eligen quedarse 238

INTRO

Llegué a los montes Bieszczady con tres maletas, un tubo lleno de documentos y un plan que no tenía intención de cambiar por nadie.

Al menos eso era lo que me repetía mientras el coche ascendía por una carretera estrecha y mojada, y cada nueva curva dejaba al descubierto colinas cada vez más alejadas de la civilización. Había dejado de llover hacía unos quince minutos, pero las ramas de los árboles todavía goteaban agua. La niebla se posaba sobre las laderas y se deslizaba lentamente entre los oscuros abetos. En algún lugar más abajo debía de correr un arroyo. No podía verlo, pero escuchaba su murmullo constante.

La residencia apareció después de la última curva. Era un edificio antiguo y espacioso, con una galería de madera, ventanas altas y escaleras de piedra. Tenía el aspecto de un lugar que hacía mucho tiempo que no necesitaba demostrarle nada a nadie. No era lujoso en el sentido moderno de la palabra. Sin embargo, poseía algo que faltaba en la mayoría de los lugares donde había trabajado últimamente: un silencio que no parecía artificial.

Aparqué delante de la entrada y permanecí unos instantes sin salir del coche.

Había venido para pasar aquí varias semanas y colaborar en la creación de un libro de arte. Me encargaría de las ilustraciones, de su composición y de la narrativa visual. Mi trabajo no consistía en decorar las frases de otra persona. Quería que las imágenes tuvieran voz propia, que no fueran simplemente un elegante telón de fondo para el texto. Había aceptado colaborar porque el tema del proyecto me

interesaba, las condiciones me permitían conservar mi independencia y los honorarios me daban, por fin, un poco de tranquilidad económica.

Pero también tenía otro plan.

Durante mi estancia quería preparar la primera parte de mi propio portafolio. Llevaba meses posponiendo aquel proyecto, encontrando siempre algo más urgente, más rentable o que exigía una respuesta inmediata. Esta vez quería reservarle las mañanas. Sin llamadas, sin consultas, sin corregir las ideas de otros. Solo yo, el papel y las imágenes que llevaban tanto tiempo esperando en mi cabeza el momento adecuado para salir.

Las tardes y las noches serían para descansar.

Me parecía un acuerdo bastante razonable.

Subí la primera maleta por las escaleras y presioné el picaporte. En el interior olía a madera, café y algo más, quizá a libros antiguos, cuyos lomos llenaban las estanterías del amplio vestíbulo. En las paredes colgaban fotografías de las montañas y, junto a la escalera, había una mesita pequeña con un jarrón de cerámica. Detrás de una puerta a la derecha llegaban las voces del personal que estaba preparando el comedor.

Antes de que pudiera llamar a recepción, escuché una voz a mi espalda.

—¿La señora Aniela Żur?

Me volví. Una mujer con un jersey azul marino sostenía una libreta bajo el brazo.

—Sí. Espero no haber llegado demasiado pronto.

—Ha llegado justo a tiempo. Su habitación está preparada. Su colaborador llegó antes del mediodía.

Aquella expresión no me gustó demasiado. Colaborador. Sonaba inocente, pero en la práctica podía significar cualquier cosa: desde alguien que respetaba los papeles acordados hasta una persona convencida de que trabajar en un proyecto común le daba derecho a dirigir el trabajo ajeno.

—¿Lesław Roj? -pregunté para asegurarme.

—Exactamente. Ahora está en la galería. Creo que está revisando los materiales.

Asentí mientras recogía la llave.

No pensaba buscarlo inmediatamente. Primero quería ver la habitación, deshacer las maletas con las cosas más importantes y encontrar un lugar donde pudiera trabajar tranquilamente. Ya tenía suficiente experiencia con personas capaces de hablar de una visión compartida el primer día y de enviar, al segundo, observaciones sobre hasta el más mínimo detalle.

Mi habitación estaba en la planta superior. Era luminosa, con una gran ventana que daba al jardín y un pequeño escritorio colocado junto a la pared. Dejé sobre él mi cuaderno de bocetos, me quité el abrigo y me acerqué a la ventana. A lo lejos podía distinguir una parte de la galería, donde había dos sillones de madera.

Era precisamente allí donde quería trabajar más tarde.

Cogí el cuaderno y bajé. No me apetecía pasar mi primera noche encerrada en la habitación. El aire después de la lluvia era fresco, pero agradable. En la galería reinaba la penumbra y la suave luz de las lámparas resaltaba los cálidos tonos de la madera.

Había un hombre sentado junto a una de las mesas.

Tenía delante un ordenador portátil abierto, varias hojas impresas y una taza de café. Llevaba un jersey oscuro, con las mangas remangadas de manera despreocupada. No parecía alguien que hubiera venido hasta allí para descansar. Más bien tenía el aspecto de un hombre capaz de trabajar en cualquier circunstancia, siempre que dispusiera de café y de una conexión estable a internet.

Levanté ligeramente el cuaderno para no molestarlo y me dirigí hacia el sillón libre.

Entonces, una ráfaga de viento levantó una de las hojas sueltas que, al parecer, no había sujetado lo suficiente entre las páginas. El papel atravesó la galería y terminó junto al pie del hombre.

Lo recogió antes de que pudiera reaccionar.

—Creo que esto es suyo.

Me acerqué y extendí la mano.

—Gracias.

No me devolvió la hoja inmediatamente. Estaba observando el dibujo de una antigua casa de vecinos, con las ventanas reflejando la luz del sol poniente.

—Es bonito -dijo.

—Lo sé.

Levantó la mirada. Durante un instante pareció sorprendido, pero enseguida sonrió.

—Al menos no tiene que fingir modestia.

—Y usted no tiene que fingir que es crítico de arte. Solo es un boceto.

—No estoy fingiendo. Simplemente me gustan las cosas que no intentan ser algo distinto de lo que son.

Me devolvió la hoja.

Su voz era tranquila, un poco más grave de lo que había esperado. Hablaba sin prisas, como si no sintiera la necesidad de llenar cada silencio. También me di cuenta de que no me miraba de la manera a la que me habían acostumbrado algunas reuniones profesionales. No estaba evaluando mi ropa ni buscando reafirmar su propia posición. Simplemente escuchaba.

Era inquietantemente agradable.

—¿Ha venido aquí a trabajar? -preguntó.

—Definitivamente. Aunque espero que el lugar no sea un inconveniente.

—Los Bieszczady rara vez lo son. Las personas, más a menudo.

—En ese caso, parece que tenemos experiencias parecidas.

Esta vez su sonrisa fue más evidente.

—Lesław Roj.

Su apellido me resultó familiar. Durante un segundo no conseguí relacionarlo con ningún rostro, aunque llevaba semanas intercambiando mensajes con él sobre el proyecto. Conocía sus observaciones, sus correcciones y su manera de formular comentarios. Sabía que era editor literario. Lo único que no conocía era su aspecto.

—Aniela Żur -respondí.

—Lo sé.

—Eso resulta un poco inquietante.

—Espero que no tanto como su respuesta a mis observaciones sobre la última versión de los materiales.

Apoyé el cuaderno de bocetos sobre la mesa.

—Si se refiere a aquellas observaciones, sigo pensando que algunas no tienen en cuenta la naturaleza de las ilustraciones.

—Y yo sigo pensando que el lector debería tener la posibilidad de entrar en el libro, no limitarse a admirarlo desde fuera.

—¿Así que empezamos con un desacuerdo?

—Parece que ni siquiera hemos necesitado una reunión oficial.

No respondí inmediatamente. Precisamente eso era lo que me preocupaba. No el desacuerdo en sí, sino la manera en que podía extenderse a todo el proceso de trabajo. No pensaba ceder el control de las ilustraciones solo porque alguien supiera hablar de forma convincente sobre las necesidades del lector.

—Mañana lo hablaremos todo -dije finalmente-. Hoy simplemente me gustaría disfrutar del silencio.

—Lo entiendo.

Cerró el ordenador y apartó los documentos, dejando espacio libre sobre la mesa.

Fue un gesto pequeño, pero me fijé en él. No intentó retenerme con la conversación, no añadió nuevos argumentos ni interpretó mi deseo de retirarme como una invitación a negociar.

—En ese caso, que tenga una noche tranquila, señora Aniela.

—Igualmente, señor Lesław.

Me alejé unos pasos antes de recordar que había olvidado el cuaderno de bocetos. Lo había dejado en el sillón y él, al darse cuenta, lo recogió y me lo entregó sin hacer ningún comentario.

Nuestros dedos se rozaron durante un instante. Nada especial. Un accidente corriente al que no había que atribuirle ningún significado.

Y, sin embargo, cuando regresé a mi habitación, durante un buen rato fui incapaz de concentrarme en mis propios dibujos.

A través de la ventana veía cómo el jardín se iba oscureciendo. La lámpara de la galería seguía encendida y, detrás del cristal, la silueta de Lesław se desplazó. Había vuelto al trabajo. Yo, en cambio, empecé a sentir cierta incomodidad ante la idea de que el hombre con quien iba a compartir las próximas semanas resultara mucho más difícil de clasificar de lo que sugería nuestra correspondencia.

Saqué de mi bolso la agenda y la abrí por la página donde había organizado el calendario de mi estancia. Las mañanas para mí. Las tardes para el proyecto. Las noches sin compromisos. Ningún acuerdo adicional, ningún compromiso innecesario.

Deslicé el dedo por las horas anotadas, como si de esa manera pudiera asegurarme de que todavía me pertenecían.

Aún no sabía si Lesław sería un buen editor. No sabía si era capaz de respetar la visión de otra persona ni si nuestras diferencias profesionales resultarían creativas o simplemente agotadoras. Lo que sí sabía era que su presencia había cambiado algo en mi plan cuidadosamente preparado desde la primera noche.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me hice una pregunta que ni siquiera quería plantearme: si mañana resultaba ser alguien más que un colaborador difícil, ¿sería capaz de permitirle quedarse un poquito más?

Capítulo 1 - Las condiciones de colaboración

A la mañana siguiente me desperté antes de lo previsto. Fuera, la niebla seguía suspendida sobre el paisaje y las ramas mojadas de los árboles se movían ligeramente con el viento. Permanecí unos minutos tumbada, sin moverme, escuchando los sonidos de la residencia. Alguien arrastró una silla por el pasillo, en algún lugar de la planta baja se cerró una puerta y, poco después, llegó el suave zumbido de una cafetera. Una mañana corriente que debería pertenecerme exclusivamente.

Cogí mi cuaderno de bocetos. En la última página estaba empezada una composición en la que había trabajado antes de llegar. Representaba el interior de una habitación vacía, vista a través de una puerta entreabierta. No había ninguna figura humana, solo la luz que caía sobre el suelo y la sombra de una cortina. Quería desarrollar aquel motivo en una serie de ilustraciones para mi propio portafolio. Ya tenía varias ideas, pero seguía faltándome tiempo para darles una forma definitiva.

Deslicé el lápiz por el contorno de la ventana. Bastaron unos minutos para volver a sentir que recuperaba el control de mi propio día.

A las nueve tenía una reunión con Lesław y con la coordinadora del proyecto. Hasta entonces pensaba terminar el boceto, desayunar y prepararme para la conversación. No esperaba dificultades. Al fin y al cabo, ambos sabíamos cuáles eran nuestras responsabilidades. Yo me encargaba de la parte visual; él, del texto y de la edición.

Crear un libro juntos no significaba que tuviéramos que tomar todas las decisiones conjuntamente.

A las nueve y cinco bajé a la sala de la biblioteca.

La estancia estaba situada en un ala lateral de la residencia. Sus altas ventanas daban al jardín y, junto a una de las paredes, había una mesa larga con varias lámparas. Sobre ella descansaban fragmentos de textos impresos, carpetas y muestras de papel. Lesław estaba sentado junto a la ventana. Llevaba una camisa clara con las mangas remangadas y unos pantalones oscuros. Leía algo en la pantalla de su portátil y tenía una taza de café al lado.

Levantó la cabeza cuando entré.

—Buenos días.

—Buenos días. Veo que ya se ha apropiado de la mitad de la mesa.

—Solo de la parte que no está ocupada por documentos.

—Los documentos no necesitan tanto espacio.

—Depende de los documentos.

No sonreí, aunque su respuesta había estado bastante bien. Dejé mi cuaderno en el extremo libre de la mesa y me quité el abrigo.

Poco después se reunió con nosotros Marta, la coordinadora de la residencia y responsable del contacto con la editorial. Traía tres copias del calendario de trabajo y una pequeña carpeta con materiales relacionados con el libro. Tendría unos cuarenta años, llevaba el pelo corto y tenía una manera de hablar que dejaba claro que le gustaba mantenerlo todo organizado.

—Me alegro de que estéis aquí. Me gustaría que hoy dejáramos cerradas las cuestiones organizativas más

importantes. No necesitáis decidir cada ilustración ni cada frase, pero sí necesitamos compartir una idea clara de lo que queremos que sea este libro.

Me senté frente a Lesław.

Marta abrió la carpeta y sacó la primera página del proyecto. En la parte superior aparecía el título provisional: «Las cosas que permanecen». Debajo figuraba la descripción de la publicación, que ya conocía por los materiales anteriores.

El libro hablaría de lugares que conservaban las huellas de la presencia humana incluso cuando su función original había dejado de existir hacía mucho tiempo. Casas, habitaciones, talleres, estaciones y espacios que habían cambiado de propietarios o de propósito. Los textos combinarían recuerdos personales, observaciones y breves piezas literarias. Las ilustraciones no debían documentar edificios concretos, sino revelar su significado emocional.

Precisamente aquella idea me había convencido para aceptar el encargo. No quería crear otro álbum lleno de imágenes bonitas. Me interesaba lo que permanece dentro de una persona después de abandonar un lugar. A veces era el recuerdo de alguien, otras un olor o un objeto que nadie se había atrevido a tirar.

—Propongo que empecemos por la estructura -dijo Lesław-. Si tenemos treinta textos, debemos decidir cómo van a dialogar entre sí.

—No creo que todos tengan que dialogar entre sí -respondí-. Algunos pueden funcionar de manera independiente.

—Pueden hacerlo. Pero el lector debería sentir que está recorriendo un libro, no hojeando una colección aleatoria de materiales.

—No todas las historias necesitan seguir una misma dirección.

—No la necesitan. Pero sí requieren un orden consciente.

Abrió uno de los documentos impresos. Vi un fragmento de un texto sobre una casa antigua en la que habían vivido durante años varias generaciones de una misma familia. El autor describía la mesa alrededor de la cual se reunían los domingos y una habitación que nadie había querido volver a utilizar después de la muerte de la residente más anciana.

—Este texto no debería estar junto a la historia de una estación de tren cerrada -continuó-. No porque uno sea más débil o más fuerte que el otro. Simplemente hablan de tipos de pérdida diferentes.

—¿Y si precisamente por eso deberían estar juntos? -pregunté-. Una historia habla de perder un lugar y la otra de perder la vida cotidiana. El lector puede encontrar por sí mismo la conexión entre ambas.

Lesław me miró con más atención.

—Es interesante. Pero no puede dar por hecho que cualquier combinación funcionará solo porque tenga una idea visual para ella.

—No lo doy por hecho. Precisamente por eso quiero ver el conjunto antes de tomar decisiones sobre las ilustraciones.

—Y yo quiero ver las propuestas de ilustración antes de cerrar el orden de los textos.

Durante un instante nos miramos en silencio.

Marta se aclaró la garganta.

—Precisamente por eso estamos reunidos. No necesitáis estar de acuerdo desde el primer minuto. Necesitáis encontrar una forma de trabajar que permita aprovechar las competencias del otro.

Apoyé las manos sobre la mesa.

—Tengo una condición. No quiero que los textos empiecen a dictarme cómo debo dibujar. Si decido que una ilustración será abstracta o que no incluirá ningún objeto concreto, no quiero recibir comentarios diciendo que debería representar exactamente lo que se describe en el texto.

Lesław apartó el documento.

—No pienso encargarle una ilustración para cada párrafo. Pero si una imagen cambia el significado de un fragmento, tendremos que hablarlo.

—Podemos hablarlo.

—Eso no es lo mismo que aprobarlo una vez terminado.

Me di cuenta de que no levantaba la voz. Tampoco intentaba aprovechar la presencia de Marta para imponer su postura. Hablaba con tranquilidad, pero no cedía. Había algo irritante en aquella actitud y, al mismo tiempo, algo difícil de ignorar.

—¿Quiere tener influencia sobre las ilustraciones?

—Quiero tener influencia sobre el libro del que soy responsable editorial. Usted influye en las imágenes. No veo ninguna razón para fingir que ambas cosas nunca van a coincidir.

—Y yo no veo ninguna razón para tratar cada diferencia como un error que hay que corregir.

Marta deslizó el calendario hacia nosotros.

—Quizá deberíamos establecer un procedimiento. Primero prepararéis propuestas independientes. Lesław desarrollará el orden de los textos y Aniela presentará el concepto visual. Después tendréis una consulta conjunta y decidiréis qué elementos necesitan cambios. No aprobaremos nada sin la participación de ambos.

—Me parece razonable -dije.

—Siempre que esa consulta no consista en intercambiar comentarios cuando el trabajo ya esté terminado -añadió Lesław.

Lo miré.

—Tiene un talento especial para complicar los acuerdos más sencillos.

—Deformación profesional.

—En ese caso, espero que no sea incurable.

Esta vez Marta se echó a reír. Lesław también, aunque su sonrisa fue bastante más discreta.

Volvimos al calendario. Establecimos las fechas para las primeras propuestas, el número de reuniones y la manera de compartir los materiales. Mis mañanas debían permanecer libres de consultas obligatorias, salvo en aquellas situaciones en las que ambos acordáramos previamente un cambio. Las tardes quedarían reservadas para trabajar en la publicación conjunta.

Aquel punto me importaba más de lo que quería reconocer. No había venido a los Bieszczady para volver a someter mis propios proyectos al calendario de otra persona.

—Tampoco quiero que corrijamos los materiales del otro sin hablarlo antes -dije cuando Marta estaba anotando los últimos acuerdos.

Lesław dejó el bolígrafo.

—Estoy de acuerdo, siempre que no consideremos cada sugerencia una intromisión en las competencias del otro.

—Puedo prometer que escucharé los argumentos.

—Eso ya es algo.

—No se acostumbre a conseguir victorias demasiado deprisa.

Durante un breve instante su mirada se detuvo en mi rostro. No había triunfo en ella. Más bien la diversión de alguien que acababa de descubrir que aquella conversación sería más complicada, pero probablemente también más interesante de lo que había imaginado.

Después de la reunión, Marta salió para atender una llamada. Me quedé con Lesław junto a la mesa, ordenando los documentos impresos. Cogí varias páginas que estaban al lado de su portátil.

—¿Están aquí todos los textos? -pregunté.

—La mayoría. A algunos todavía les falta la autorización de los autores para realizar recortes.

—¿Y ya sabe cuáles son los más importantes?

—No. Sé cuáles son los más impactantes a primera vista. No siempre es lo mismo.

Aquello despertó mi interés más de lo que debería.

—¿Por qué?

—Porque el texto que causa una mayor impresión en la primera lectura no tiene por qué ser el que permanece más

tiempo en la memoria. A veces la frase más importante está en medio, casi pasa desapercibida.

Examiné las hojas. Una de ellas contenía la descripción de una pequeña habitación en la que había funcionado durante varias décadas un taller de costura. La propietaria no quería marcharse, aunque el edificio estaba destinado a una reforma. El autor mencionaba su costumbre de dejar las tijeras siempre en el mismo sitio.

—Este texto es bueno -dije.

—También lo creo.

—Pero no sé si debería ilustrarlo literalmente.

—No debería.

Levanté la vista.

—¿De verdad?

—De verdad. Si quisiera ver unas tijeras sobre una mesa, compraría un catálogo de material para talleres.

Me eché a reír antes de poder contenerme.

—Es el primer argumento sensato que he escuchado hoy.

—Le recomiendo que lo anote. Quizá todavía pueda serle útil.

Durante unos instantes ordenamos los documentos en silencio. Me fijé en que Lesław no los organizaba por números, sino mediante pequeñas notas adhesivas con sus propias observaciones. Cada una tenía un color diferente y algunas llevaban escritas palabras sueltas: «regreso», «ausencia», «cotidianidad», «testigo».

—¿De verdad lo clasifica todo así? -pregunté.

—Solo las cosas que no quiero perder.

—¿Y si pierde una de las notas?

—Entonces tengo que volver a leer el texto.

—Es decir, que su sistema depende de la memoria.

—Y de no tirar los papeles precipitadamente.

Miré el montón de hojas. Había algo sorprendentemente personal en aquel caos organizado. No parecía un hombre que trabajara de manera mecánica. Se fijaba en los detalles, pero no necesitaba hablar de ellos de forma ostentosa.

—¿Usted también lo dibuja todo? -preguntó.

—No todo.

—Qué lástima.

—¿Por qué?

—Me gustaría ver cómo sería una ilustración de su sistema de notas.

—Pues seguramente dibujaría a un hombre intentando ordenar el desorden en lugar de tirar simplemente la mitad de los papeles.

—Sería un retrato bastante despiadado.

—No he prometido que vaya a ser favorecedor.

Sonrió y, por primera vez, pensé que quizá nos resultaría más fácil conversar de lo que había previsto. Eso no significaba todavía que supiéramos colaborar. Una buena conversación no solucionaba los problemas profesionales y la simpatía mutua no era un argumento a favor de una determinada composición del libro.

Cogí mi cuaderno de bocetos y me dirigí hacia la salida.

—¿Aniela?

Me volví.

—¿Sí?

—Sé que hemos acordado preparar propuestas independientes. Pero me gustaría que mañana habláramos sobre uno de los textos. El del taller de costura. Tengo la impresión de que podemos construir algo más importante a partir de él que un simple capítulo.

—Envíeme los materiales.

—Puedo hacerlo. Pero preferiría escuchar primero qué es lo que usted ve en él.

Me lo pensé unos instantes.

—Mañana por la tarde. Siempre que no intente decidir por mí lo que tengo que dibujar.

—¿Y si tengo una buena sugerencia?

—Entonces podrá presentármela.

—Un acuerdo justo.

—Por ahora.

Salí de la biblioteca con la sensación de que la reunión no había terminado exactamente como había planeado. Sin embargo, no había perdido ninguna de las cosas que me importaban. Mis horarios estaban protegidos, los papeles de cada uno habían quedado definidos y nuestras responsabilidades estaban por escrito.

Aun así, mientras regresaba a mi habitación, no pensaba en el calendario, sino en una de las frases de Lesław. Quería escuchar primero qué era lo que yo veía.

No recordaba que ninguno de mis últimos clientes me hubiera hecho una pregunta parecida.

Aquello no bastaba para confiar en alguien. Pero sí para no tener tanta prisa por terminar la conversación al día siguiente.

Capítulo 2 - Límites y un lenguaje común

A la mañana siguiente dediqué las primeras horas a mis propias ilustraciones. Cerré la puerta de la habitación, silencié el teléfono y extendí varias hojas de papel sobre el escritorio. Quería preparar una serie de bocetos antes de empezar a pensar en el libro en el que estaba trabajando con Lesław. No porque el proyecto hubiera dejado de interesarme. Simplemente necesitaba recordar que mi vida profesional no empezaba ni terminaba con un solo encargo.

Hacia el mediodía me llamó Marta. Me informó de que había llegado un envío con muestras de papel que me esperaba en el comedor y de que, después de comer, podríamos utilizar un pequeño estudio situado en la planta baja. Allí iban a preparar un espacio para nuestras consultas conjuntas.

Bajé con una carpeta de bocetos. Lesław ya estaba sentado a una de las mesas del comedor. Tenía delante un cuaderno abierto y, a su lado, un plato con un sándwich que, por lo visto, todavía no había terminado.

—Buenos días -dije.

—Buenos días. ¿Qué tal la mañana?

—Mía.

Me miró con una ligera expresión de diversión.

—Entendido. No le preguntaré por los detalles.

—Es lo más sensato.

Señaló la silla que tenía enfrente.

—He traído el texto del taller de costura. Pensé que podríamos empezar por él.

Me senté y saqué mis propias notas.

—Lo leí anoche. No me convence el final propuesto.

—A mí tampoco.

—Me alegro. Al menos no tendremos que discutir por todo.

—Yo no me aferraría demasiado a esa esperanza.

Me entregó el documento impreso. Leí el fragmento que había marcado. La historia trataba de una mujer que había dirigido un pequeño taller de costura durante más de treinta años. Cuando cerró el local, trasladó parte del equipo a su apartamento, pero nunca volvió a trabajar. El texto mencionaba una máquina de coser situada junto a la ventana y las marcas que habían dejado las sillas en el suelo de madera.

—El autor termina con una frase sobre la habitación vacía -dijo Lesław-. En mi opinión, cierra la historia con demasiada facilidad.

—¿Porque el lector recibe una conclusión ya elaborada?

—Exactamente. Todo queda explicado antes de que tenga tiempo de hacerse una pregunta.

Deslicé un dedo por el documento.

—Yo lo veo de otra manera. No me gustaría dibujar el taller en sí. Me interesa más el momento en que alguien deja de ser necesario para el lugar en el que ha pasado la mitad de su vida.

—Es una idea potente.

—Pero no quiero convertir a esa mujer en un símbolo. Era una persona concreta. Tenía sus costumbres, sus clientes y,

seguramente, también días en los que no le apetecía hablar con nadie.

—Entonces, ¿la ilustración debería mostrar la cotidianidad y no la pérdida?

—Quizá su huella. Por ejemplo, la superficie de una mesa con pequeñas marcas de cortes. O la luz sobre una pared donde antes había un espejo. No quiero dibujar el vacío como si fuera un acontecimiento dramático y grandioso.

Lesław permaneció en silencio unos instantes. Después cogió el bolígrafo y escribió algo en el margen.

—¿Y el texto? -preguntó.

—Debería terminar antes. En la frase que dice que la mujer seguía dejando las tijeras en el mismo sitio, aunque ya no tenía una mesa en la que pudiera utilizarlas.

Levantó la cabeza.

—Esa frase no aparece al final de la versión actual.

—Está en medio. Podemos trasladarla al final.

—¿Y eliminar el último párrafo?

—Sí.

No respondió inmediatamente. Volvió a leer el fragmento y después dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo.

Me sorprendió lo fácil que lo dijo. Ya había preparado mentalmente varios argumentos por si empezaba a defender el final original.

—¿Sin ninguna objeción?

—Tengo una. Debemos preguntarle al autor si está de acuerdo con cambiar el orden de los párrafos.

—Por supuesto.

—No quiero que modifiquemos la historia de otra persona solo porque hayamos encontrado una composición mejor para ella.

Lo miré con más atención.

—Eso es justo.

—Lo intento.

No había falsa modestia en su voz. Simplemente estaba constatando un hecho. Pensé que aquella era precisamente la actitud que me había faltado en algunas colaboraciones anteriores. No necesitaba a alguien que estuviera de acuerdo conmigo en todo. Necesitaba a una persona capaz de distinguir entre su propia ambición y la responsabilidad que implicaba el trabajo de otra persona.

Después de comer nos trasladamos al estudio. La habitación era pequeña, pero tenía buena iluminación. A lo largo de una de las paredes había estanterías con papel y, junto a la ventana, una mesa amplia. En el centro había espacio suficiente para extender hojas de mayor tamaño. En el aire flotaba un ligero olor a madera y tinta de imprenta.

Extendí mis bocetos. Lesław trajo los textos impresos y algunas propuestas para la disposición de los capítulos. No empezamos revisando todos los materiales. En lugar de eso, decidimos seleccionar tres historias que pudieran establecer el tono de toda la publicación.

La primera trataba del taller de costura. La segunda, de una pequeña estación en la que los trenes de pasajeros llevaban años sin detenerse. La tercera hablaba de un apartamento que había permanecido vacío durante varios meses después de que sus propietarios se marcharan al extranjero.

—No quiero empezar con la historia más intensa -dijo Lesław mientras examinaba los textos-. Si las primeras páginas resultan demasiado duras, el lector quizá no encuentre espacio para sus propios recuerdos.

—Y si empezamos con algo demasiado neutro, no tendrá ningún motivo para quedarse.

—Así que necesitamos algo que abra una puerta, pero que no explique inmediatamente lo que hay detrás.

—Eso suena precisamente a un trabajo para una ilustradora.

—No pretendo quitarle el trabajo.

—Todavía.

Sonrió.

Empezamos a distribuir las hojas sobre la mesa. Las movía, cambiaba su orden y comparaba fragmentos de los textos con mis propios bocetos. Lesław leía algunas frases en voz alta y, de vez en cuando, se detenía en una sola palabra. No lo hacía de manera teatral. Leía como si estuviera comprobando si el ritmo del texto encajaba con la imagen que iba tomando forma poco a poco durante nuestra conversación.

En un momento determinado me di cuenta de que se había detenido más tiempo ante uno de mis dibujos. Representaba un pasillo vacío con una puerta abierta. En el suelo había un rectángulo de luz y, en la pared, se distinguía la sombra que había dejado un cuadro al ser retirado.

—Esta no es una ilustración para el taller de costura -dijo.

—No.

—¿A qué texto la ha asignado?